

es de una limpieza en su origen que cualquiera podía examinarla á fondo.

No hay nadie que no le haya visto por la mañana de pie, al lado de la escalera monumental que conduce á los pisos superiores de sus almacenes, dominando con su gran figura la multitud de cabezas humanas que llegan en nutridas filas por la calle de Sèvres y se dispersan por todas partes en el laberinto del bazar.

Entonces tiene el aire de un señor feudal, pasando revista á sus terratenientes, y no habrá existido ningún señor de vasallos del siglo xv que haya llevado mejor que este Porthos bondadoso la coraza repujada, ó sostenido mejor la pesada espada entre sus manos.

Si Diógenes le hubiese encontrado y examinado con su linterna, hubiese pensado que *era un hombre* de esos que en estos tiempos de seres débiles, anémicos y raquíticos no son comunes.

El Sr. Bouret vió á Germana, que se alejaba rápidamente, con su talle flexible y sus cabellos desordenados, cayendo sobre su cuello, blanco como la nieve.

Dió un golpecito en el hombro á Perrolet y se la enseñó.

—¡Bonita mujer!—le dijo.

El patrón de las modas miró al fondo del pabellón.

XII

LAS INCERTIDUMBRES DEL SR. PERROLET

EL señor Perrolet había visto un cuerpo bonito y un gran sombrero obscuro sobre un pelo de un rubio ceniciento; pero, no felizmente, la cara.

La muchacha no se volvió.

Se había quedado petrificada.

—Sí, bonita mujer—repitió Perrolet como un eco; pero á veces las apariencias engañan. Hubiese debido enseñarnos la cara.

—¿Qué nos importa eso? Somos demasiado viejos para ocuparnos de las caritas de esas señoritas. Nuestros borregos grandes están vendidos, como dicen en Maine.

Los caballos del tendero piafaban de impaciencia debajo de los candelabros de la terraza.

—Tienes los más hermosos animales que hay aquí esta noche—observó Perrolet.

—¡Es posible! ¡Ah!, amigo mío, ¿quién hubiese predicho, allá, en el pueblo, cuando éramos unos chicos que llevábamos zuecos, que algún día tendríamos caballos de ese precio para conducirnos y que vendríamos por la noche á flanear y á tomar un helado á la Cascada? ¡La casualidad nos ha protegido! Y tu pelota ¿cómo está?

—No va mal. Se redondea.

—¿Cuánto?

—Dos millones.

—Es una buena cantidad.

—¡Gracias á ti!

—¿Eres tonto? Te he ayudado, tú me has ayudado á mí, estamos correspondidos y somos buenos amigos. Mira, Josephin, yo he visto muchas cosas en este mundo, y empiezo á conocer que una buena amistad es lo mejor que hay. Lo demás nos engaña, nos causa molestias del diablo, decepciones á cada momento. La amistad, la verdadera, la buena como la nuestra, mi viejo Josephin, nunca.

El señor Bouret se quedó silencioso un momento. Una arruga se había formado en su frente. Siempre hay en el corazón del hombre más feliz en apariencia un punto sobre el que no se puede profundizar.

Se sacudió, al cabo de un momento, de su meditación.

—¿Sabes por qué te he traído aquí esta noche?—dijo bruscamente á Perrolet.

—Para tomar el fresco.

—Eso primero, y después para otra cosa.

—Y esa otra cosa ¿cuál es?

Desde hace varias semanas he notado que estás muy raro. Noto en ti algo extraño. Francamente, ¿qué tienes?

—Nada.

—¿Te aburres?

—¿Se tiene tiempo para eso?

—¿Te cansas?

—Soy tan sólido como el Pont-Neuf.

—¿Piensas retirarte?

—¿Retirarme? ¿Para ir adónde?

—Podrías tener tu idea. ¡Dos millones! ¡Si juzgas que es bastante!

—Sin la tienda, ¿qué sería de mí? Ya estoy

acostumbrado á su trajín. Además, me gusta estar entre toda esa gente. ¡El tiempo se pasa tan pronto! Es tan bonito ver esa multitud de extranjeros que vienen del Norte ó del Sur, mujeres, compradores de todas partes. En fin, ¿podría dejarte á ti, Vicente? ¿Es que piensas tú en retirarte?

—No.

—No podrías.

—Es verdad.

—Perecerías de aburrimiento si te arrancasen de tu tienda para trasplantarte fuera.

El señor Bouret se irguió.

—Dime, Perrolet—dijo frunciendo las cejas,—¿no podrías ser más respetuoso para la casa, amigo mío? ¡Una tienda! ¡Demontres!

—Sí, la vanidad se mezcla en ello—repuso Perrolet riendo.—¡Tú te vuelves orgulloso!

—¡Ah!—exclamó Bouret con su bondad acostumbrada,—me coge á veces esa vanidad. Aquí, entre nosotros, cuando doy vuelta alrededor de ese monumento que he elevado al comercio; cuando recorro sus galerías doradas, suspendidas en el vacío; cuando paso revista á mi ejército de empleados y calculo las enormes masas de mercancías que están entre sus manos, me suben oleadas de orgullo á la cabeza. Me hincho como una rana que se ha tragado un buey, ó se lo imagina. Es verdad que no me dura, felizmente. Me digo que no soy yo el que ha construido la casa, sino tú, los otros, el público, todo el mundo. Hace falta más de un caballo para mover un camión cargado de pedruscos. Nosotros estamos para algo. Los clientes, los empleados, tus señoritas, tu pequeño escuadrón de señoritas. En fin, la suerte; ¡ya ves

tú, Josephin, también hay suerte! Entra en todo, como el agua destilada en las drogas de un farmacéutico, por sus noventa centésimas partes. Es la masa, lo demás no se cuenta. Hay desgraciados que no ganan nunca á la lotería. Aunque tomasen todos los billetes, si dejasen uno, el premio gordo caería en ese. Así, pues, en el fondo, la vanidad sería una imbecilidad: yo no tengo más que una pretensión, amigo mío, como tú, como los otros: la de no ser un imbécil.

Tomó una gran parte de su helado, que se había deshecho durante su discurso, en el que se había retratado de cuerpo entero.

En seguida volvió á su primera idea.

—¿Conque no te aburres?

—No.

—¿No quieres dejarme?

—No.

—Estás triste. Hay alguna otra cosa. ¿Tienes molestias con tu personal?

—¿A propósito de qué?

—A propósito de todo. Amigo mío, esas muchachas de las modas y de los vestidos son, como las compañías de opereta, buenas para trastornar la cabeza á la orquesta. Tú estás en el puesto del que lleva la batuta. ¡A fe mía, las hay muy monas! ¿Cómo te encuentras con tu pequeña Germana?

Perrolet tuvo como un sobresalto, que no pasó inadvertido para su amigo. Bouret había puesto el dedo en la llaga.

—Siempre la misma, amigo mío; buena persona, sería.

—¿No me han contado algo respecto á ella?

—¿El qué?

—¡Ah!, ya me acuerdo; que se quiere casar.

—¿Con quién?

—No te hagas el ignorante. Estás en el secreto. Con un cajero. ¡Es un ramo de rosas esa Germana! ¿Y tú no has sentido palpar algo debajo de tu chaleco al tener conocimiento de esa boda?

Perrolet hizo un esfuerzo sobrehumano.

—No—contestó.

—Pues bien, querido, eres más fuerte que yo. Cada vez que llega la ocasión á una de esas personitas, que casi he educado, á las que tenemos costumbre de vigilar, de ver tan rozagantes, frescas y coquetas, y que considero casi como hijas mías, que se lanzan á lo desconocido de una unión, en donde no encontrarán más que una parte de lo que buscan, siento una opresión en el corazón, un átomo de celos de padre, contra ese ser barbudo y feo—porque los hombres somos feos, Perrolet,—grosero, rudo, que viene á cogerla para hacer lo que quiera de una muchacha dulce y buena, criatura que ha educado durante veinte años, rodeándola de cuidados, cultivándola con el amor que un holandés cultiva sus tulipanes. ¿No te produce esa impresión á ti? ¡Eres de madera, una piedra! ¿No te parece que ese cajero te roba algo de tu reino?

—¡A fe mía sí!—dijo Perrolet reventando, encañado por la sencillez de su amigo Bouret.—¡Es verdad lo que dices!

—Mozo, otros helados—pidió el patrón del bazar de San Germán.

—Pero—continuó Perrolet—me parece que te habrán contado una novela, una fábula. Confieso que me apenaría el que esa niña hiciese una boda tan modesta.

—Sin embargo, no puede casarse con un príncipe.

—En efecto.

—La juventud tienta á la juventud. Esas chiquitas acaban por aburrirse solas en sus cuartos. Están hechas para querer como las otras. Es bonito el pasarse todo el tiempo vendiendo sombreros ó lencería ó vestidos; pero siempre les quedan diez minutos para pensar que tienen algo en el lado izquierdo y que las canastillas están para algo. ¿Qué edad tiene?

—Cerca de veinticinco años.

—Ya ves. Es mucho que haya esperado hasta ahora. ¡Tan mona como es! Él no hace nada de más en querer á esa pequeña. ¡No se es de hierro! Escucha lo que te voy á decir, Perrolet: es muy profundo, amigo mío. En las mujeres, es cierto que nuestro Creador—tú puedes ser un odioso ateo, Perrolet, pero yo no—ha puesto una pasión poderosa que las empuja—sígueme bien—á dejarse llevar de una manera irresistible, ¿me entiendes? Si no, ¿cómo se entregarían á unos monos mal formados como los hombres? Entre nosotros, mírate en un espejo, mírame á mí si quieres, es igual, y opinarás lo mismo que yo. Ellas lo pierden todo; su esbeltez, su elegancia, su frescura, por cinco minutos de goces dudosos; hasta su honor, según el mundo, á menos de legitimarlo con un matrimonio verificado ante el juez y el vicario; en fin, todo. Y, sin embargo, ¿conoces alguna que resista mucho tiempo? Si ellas no pueden resistir, ¿son por eso culpables? No. Es sencillamente tontería lo que te digo, pero es lógico. Pues Germana...

Á pesar de la gran deferencia que Perrolet tenía á su amigo Vicente, apenas le escuchaba.

Se hallaba absorto con un pensamiento que le había asaltado de repente.

Desde hacía algunos minutos estaba contemplando al duque, que se había quedado solo en la mesa, y al cual reconoció por haberle visto en su departamento acompañando á la duquesa.

Por su lado, Rochebonne examinaba al patrón del bazar de San Germán y á su amigo.

Perrolet se asombraba de que la señora vestida de negro, que había salido, como si huyese, cuando ellos entraban, no volviese.

Al hablar Bouret de Germana, sin querer había atraído su atención sobre este punto.

Germana se parecía, en la figura, á la desconocida, á la que no había visto más que de espaldas. Ese día llevaba un traje igual, un sombrero idéntico con una pluma gris.

¡Si fuese ella!...

Una sospecha, punzante como la punta de un estilete, se clavaba en el corazón de aquel enamorado, que desde hacía años estaba apasionado de su empleada y no se atrevía á decírselo.

El duque pareció comprender la duda del patrón de Germana.

Encendió un cigarro, se levantó tranquilamente y salió por el mismo sitio por donde había entrado.

El señor Perrolet tenía unas ganas furiosas de seguirle, de saber adónde iba á encontrarse con la mujer que le había dejado tan bruscamente; pero la presencia de su amigo le detuvo en su sitio.

Se quedó, pues, con los ojos fijos sobre la terraza, esperando á ver pasar al duque con la muchacha; pero su espera fué inútil.

Rochebonne se fué solo, fumando su cigarro, y desapareció por el lado del grupo de rocas del que tomara su nombre aquel restaurant elegante.

El señor Bouret observaba con curiosidad los síntomas de impaciencia y de contrariedad muy visibles en la fisonomía de su compañero.

Los atribuía á algo relacionado con Germana.

—Mi pobre Perrolet, ya ves que tengo razón. Tú no estás tranquilo. No. Sé franco. Confiesa que esa muchacha te hace perder la cabeza. Estás celoso, pero celoso como un tigre. ¿Es verdad?

—Sí, es verdad. No sé lo que me ha hecho; me ha embrujado.

—Por fin. ¡Gracias á Dios! Eso es lo que yo quería hacerte confesar. ¿En dónde está el mal en todo esto? ¿en que hay que decirselo? ¿Quieres que me encargue de tu asunto?

—Déjame reflexionar.

—¿Crearás que haría un mal embajador?

—No tengo intención de casarme.

—Entonces no hablemos más.

—Tú comprendes: ¡dos carcamales como nosotros!

—Habla por ti, amigo mío.

—Pues sí: un carcamal como yo. ¡Sería ridículo á mi edad!

—Bien, ¡entonces yo! ¿Tú te figuras que no tengo mis pretensiones? Además, eres rico, ¡qué diantre! Es tu empleada. Debe halagarle el casarse con su patrón.

—Decididamente no. Ya hablaremos más tarde.

—¡Ten cuidado, Perrolet!, ¡ten cuidado, amigo mío! Esperando demasiado, se expone uno á verse burlado. Otros se darán más prisa, y ella puede

ponerse de su parte. ¿Quién es capaz de saber qué ideas son las que revolotean en una cabeza de... ¿cuántos has dicho? ¿Veinticuatro años?

—Veinticinco.

—¡Todavía peor! Á esa edad ninguna muchacha quiere quedar para vestir imágenes, y escoge al primero que la viene á las manos.

—¿Qué quieres? Estoy acostumbrado á esta vida. Tengo mis manías de solterón. Ya veré; todavía no está casada. Acaso sea una falsa alarma. Me encuentro bien como estoy. Ahora me puedo figurar que no le soy desagradable; mientras que si la hago la pregunta y me contesta rechazándome, como es probable, me quedaré desolado, despechado, furioso.

—Ya comprendo; eres medio feliz y te conformas. ¡Filósofo!

—En fin—dijo Perrolet,—si ella quiere ya á alguien, sería demasiado tarde para presentarme. Si, por fin, me decidiese á casarme, no me entusiasmaría hacerlo con una mujer que pensara en otro, aunque no fuese más que para sentirlo.

—Hablas como un ángel, Josephin; pero me disgusta que seas así. Vámonos á dormir; mañana hay que bregar, como de costumbre.

El señor Bouret salió, echando antes dos monedas de cinco francos sobre el mármol y sin esperar la vuelta. Y del brazo de su amigo se subió al coche, cuyos caballos se impacientaban contentos por el cochero.

En este mismo momento el coche del duque de Rochebonne bajaba al trote largo por la avenida de los Champs-Elysees.

Germana había rogado al duque que la llevase lo antes posible á su casa.

—Condúzcame cerca de mi casa, á las Tullerías, se lo suplico.

—¿Me quiere usted dejar ya?

—Sí.

—¡Pero si la quiero tanto!

—¡Qué miedo he tenido! ¡Todavía estoy temblando!

—¡Qué niña es usted!

Empleó las súplicas más vivas, las más apremiantes.

No pudo conseguir nada.

—No estoy en París más que por usted—la dijo.—Debía estar en el campo desde hace seis semanas. Siempre estoy poniendo por pretexto los negocios; pero mi único asunto es usted. Dígame, al menos, que me quiere.

—Sí, pero separémonos.

—Con la condición de que me permitirá verla pronto. La adoro, la quiero. ¿Me amará usted algún día?

—Puede ser, pero adiós.

—Prométame que me concederá el pasar un día entero conmigo, el primero que tenga libre, el domingo, por ejemplo.

—¡Sí, es preciso!: ¡ya veremos!

—Todo esto me lo dice para que la deje, ¿no es verdad? Todo para que nos separemos. ¡Malal!

Se echó ella á reír, pero tenía el corazón angustiado. Las emociones de la noche eran demasiado fuertes para ella. No tenía más deseo que el de encerrarse en su cuarto y echar los cerrojos, para estar segura y tranquila.

En el momento de separarse el duque, la dijo:

—¿Cuándo volveré á verla?

—No lo sé.

—El domingo, está convenido. ¿Quiere usted? Después todo concluirá, si usted lo exige. Me lo negará todo, nos separaremos para no volvernos á ver, si esa es su voluntad; pero, al menos, que yo la pueda hablar con el corazón en la mano, libremente.

—¿Después no me atormentará más?

—Se lo juro.

—Pues bien—dijo ella abriendo la portezuela sin esperar al lacayo;—si puedo, lo pensaré. Adiós.

—No, hasta la vista.

—Eso es, hasta la vista.

Echó á correr; el duque la enviaba el último saludo con la mano. En la esquina de la calle Saint-Honoré, ella se volvió y vió que él la miraba todavía.

XIII

POR CAMINOS DE TRAVESÍA

EL recibimiento del hotel de Rochebonne estaba brillantemente alumbrado. Los candelabros de bronce florentino, sostenidos por las estatuas de mármol colocadas al pie de la escalinata de doble subida, iluminaban con sus treinta lámparas los pasamanos de hierro forjado, que un criado, dedicado exclusivamente á cuidar de su limpieza, tenía siempre brillantes.

Los lacayos empolvados, vestidos de calzón